

## LA TREGUA

Pablo Millán\*

Ahora que andas por allá, lejos, donde mis palabras no te tocan ni te alcanzan, voy a sacar del entresueño todas esas cosas que a ti te hubiera gustado escuchar y que mí me hubiera encantado decirte. No las diré por rencor, sino más bien porque amaba tu forma de llorar y de revolcarte contra las sábanas sucias y revueltas, o tal vez porque en las horas de hastío me place recordar esas noches de lluvia persistente en que tus quejas se iban doblando como espigas hasta que un lamento partía en dos nuestro tímido ritual. Pero ya apenas si puedo recordar tus trágicas amenazas, el eco de tus quejidos en el preciso instante en que yo callaba para dejarte ir, lanzando la puerta a tus espaldas sin otro deseo que conservar la nítida imagen de tu rostro, el vago gesto de animal incomprendido que me dejaste antes de partir.



Pero ya ves, he optado por la indiferencia y el olvido: de golpe me da igual si te fuiste con otro o si a ratos quieres volver, aunque lo más seguro es que para estas horas ya te hayas pegado un tiro y entonces habrá que identificarte, decir que eres tú la misma mujer que acostumbraba quejarse entre sábanas mugrosas y berridos. Porque ahora sí que podrás ser enteramente tú, tener la identidad que siempre soñaste y que te vuelve lejanamente reconocible, como si de pronto algo llenara tus espacios vitales y el hombre que está a mi lado pensara que acabas de nacer, que has entrado a esa zona imaginaria de la vida donde tus quejas se vuelven un himno ceremonioso que le canta a mi placer.

Hoy más que nunca me das una lástima terrible. A ratos incluso te compadezco, me dejas llevar por la ternura de aquellos años en que era casi hermoso verte así, abandonada a la clemencia de mi hombro y sin otra voluntad que la fuerza de mis dedos contra tu piel crispada. Pero no me dejas ir del todo, reduzco la piedad a mis palabras y otra vez te veo partir, furiosa y amenazante, dispuesta a reemplazar mi cama por otra más amplia y confortable donde tus reproches y tus histerias habrán de encontrar sentido. Entonces me volteo y dejas a la pared tus

\* Alumno de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

gemidos; apenas si reparo en las uñas que clavas como agujas en mi espalda y en medio del dilema uno piensa que no te fuiste jamás, que en el fondo soy yo el que agonizo sobre el mármol frío de la plancha. Pero no, bastaría con tocarte para probar que esta vez eres tú la que me abandona, la que suavemente me empuja al olvido con esa mano que cuelga de la plancha y que a ratos tiene algo de viva, como si dentro de ti germinaran aún los últimos reproches, las eternas injurias que con un poco más de suerte hubiéramos podido discutir. Sólo lamento que escojas de nuevo el momento falso. Tus absurdas reivindicaciones me llegan sin fuerza desde el pasado y uno no sabe con exactitud lo que quieren decir, si son insultos vagos o si el hombre que ahora se dirige hacia mí para preguntar tu nombre, esa sílaba que apenas importa porque a fin de cuentas es como un eco plano, como un aullido que se lleva el porvenir y que hoy más que nunca me invita a encogerme de hombros, a jurar que no lo sé, que lo he olvidado, que si estoy aquí es por esa curiosidad tan natural que tenemos los que todavía conservamos este tambaleante privilegio de vivir.

Mientras te estudio acaricio la idea de confesarle a este hombre que te amé. Pero qué quieres, la indiferencia me gana, termina por arrastrarme sin que yo sepa exactamente qué es lo que me obliga a callar en el preciso instante en que el hombre vuelve a mirarme con malicia y me pregunta si tengo alguna relación contigo. "No, ninguna", acabo por decir, y casi de inmediato siento que exiges nuevamente una explicación que por desgracia tampoco podré darte, aunque en el fondo me duela que tengas que partir así, llena de incomprensiones, sin las respuestas desnudas que anduviste buscando para justificar el amor que me cediste y que yo recogí casi por inercia, porque para entonces ya estaba harto de acostarme con sirvientas y de masturbarme en la penumbra de mi cuarto. Entonces llegaste tú, cubriste un hueco que ahora se desocupa para que otras vengan a reiterar tus antiguas exigencias que bien podrían llamarse delirios de posesión o libertad a plazos. Y ahora te vas, te llevas las preguntas y los reproches, la parte más memorable de esta larga convivencia que sufrimos y que hoy siento alejarse como un papel que se traga la lama verde del drenaje. A ratos quisiera levantar la mano y decirte adiós, pero el hombre se ha instalado entre tus restos y yo para volver a su absurdo interrogatorio; por más que me rehusó puedo advertir que



el tono de su voz insiste en acusarme, como si este lamentable episodio tuviera algo que ver con nosotros dos, los únicos que sabemos lo que en realidad pensaste esa noche de lluvia tenaz en que tus amenazas de matarte me hicieron reír y encogerme para siempre de hombros. Porque jamás imaginé que tus delirios teatrales terminarían en esto. En algún momento de la madrugada se me ocurrió que pronto regresarías a devolverme tu amada libertad a cambio de mis deseos generalmente dispuestos a darte otro plazo. Y ahora no sé a quién deba importarle más que me haya equivocado, si a ti o al hombre que trata de entender todavía mis continuas repeticiones a través de las cuales quisiera decirle que de alguna forma te extraño pero que qué le vamos a hacer. Entre el mármol frío de la morgue las esperanzas se disipan, encuentran su límite exacto y uno sólo desea cubrirse la cara con la solapa de la gabardina para escapar un poco de tanto olor a formol y de tanta nostalgia de caricias. Afuera aún deambulan las que habrán de ocupar tu lugar, no para llenar este hueco vacío sino para abrir otro donde tu recuerdo quedará enterrado bajo una lápida que asegure que muy a mi manera pero te quise, amén de posibles reproches o ambiguas amenazas como las que este hombre insinúa con la leve sospecha de que ya no lo escucho, de que entre las sábanas revueltas me voy quedando dormido al tiempo que tus pasos se acercan a la puerta y un último lamento rompe mis intentos de soñar que por fin te fuiste, que acabas de salir a buscar mi olvido bajo la lluvia fina y tenaz.